

# De amores y perversidades

CÉSAR ARÍSTIDES

Uno de los recursos más sobresalientes en la narrativa de Sealtiel Alatríste se fundamenta en el dominio que posee de la cultura popular, esencialmente las manifestaciones culturales del cine; no sólo se ocupa de los grandes directores —Buñuel, Resnais, Badin, Eisenstein, el mismo Jean Renoir...— y mitos cinematográficos; también tiene su lente dispuesta a capturar las tragedias más célebres y emotivas de nuestras clases sociales con escasos recursos económicos, sus jocosas aventuras y sus involuntarios melodramas, conversos como por encantamiento en filmes cómicos; y qué decir de las notables adaptaciones que fundaron una época llamada de oro del cine nacional, con una rica —en talento interpretativo— pléyade de actores.

Nacido en la Ciudad de México el año de 1949, editor por oficio y narrador por vocación, Alatríste ha dado fiel muestra de sus obsesiones en sus diversos libros, desde *Tan pordiosero el cuerpo* hasta *En defensa de la envidia*, surcando los territorios que componen “Cineteca Nacional”; en toda su obra se esfuerza por presentar individuos comunes con anhelos apasionados, arropados en modelos populares, y una extravagante manifestación de adoración a todo lo cursi, lo excesivo, lo exótico del barrio que se presenta en la cotidianidad demoledora; desenfadado baja de su pedestal a insignes figuras de nuestra cultura y exhibe sus vicios y conjuros, sus debilidades y arrobamientos, se burla de sus intimidades y brinda por sus enconos... En su última entrega novelada intenta ir más allá con un estilo consumado: desnuda con mordaz ingenio un mito discutible de la cinematografía mexicana y se da el lujo —con alegre desfachatez— de llevarlo de la excelsitud a la escena ridícula, de la gloria forjada por los atributos físicos a la interpretación exaltada de la actriz que violentó no pocos corazones, personaje soberbio que se afana en acrecentar su consumible grandeza, ocultando, tal vez, pro-

fundos temores al defenderse de malignos fantasmas: “A mí nadie, nunca, va a volver a hacerme el amor”; sin embargo, otros realizarán, a su costa, una labor de entrega desmedida, rebozante en la lujuria, desbordando sensualidades, inaugurando, con la perversidad como juez, otros límites de la lengua en los pechos, los muslos, la tibia y húmeda entrepierna...

El mito de María ha sido abordado anteriormente de diversas formas: fragmento de un estudio socio-cultural, ficción de voces internas, guión para cine, crónica social, novela de semblanzas y conflictos internos, y ensayo para relacionar aspectos de su vida con su carrera. Como referencia de estos dos últimos podemos citar: *Zona sagrada* de Carlos Fuentes y *La doña* de Paco Ignacio Taibo I, publicados en 1967 y 1985, respectivamente. *Verdad de amor* no desea quedarse a la zaga, no pretende contemplar el filme anecdótico desde una butaca sin visibilidad aceptable.

Premio Planeta/Joaquín Mortiz 1994, concedido por un jurado de la talla de Alf Chumacero, Joaquín Díez-Canedo y Gustavo Sainz, entre otros, esta novela narra las desventuras de José María Sánchez, alias Lucifer, desde el momento en que ve —en

una modesta habitación de un barrio de Guadalajara, Jalisco— a María desnudarse, la observa acariciarse voluptuosa ante un espejo, quitarse la ropa a un ritmo lento que permite el cachondeo y la grácil caricia a los genitales de lumbre. Lucifer es un bohemio de mediados de este siglo que se escapa; el terco amor por la gran luminaria de la pantalla lo llevará (cual estigma en los momentos de fatalidad pasional o como aliciente en sus largas noches de ayunos corporales), movido por celos y concupiscencia febriles, a enterarse de que el afamado cineasta Jean Renoir —“el único director que tuvo la audacia de confiar en ella y estuvo a punto de convertirla en una buena actriz”— es dueño de múltiples objetos nimios y valiosos (fetiches, discos de Edith Piaf, cuadros de su padre y de otros artistas, etcétera), entre los que se encuentra una bella casona que comparte con su sobrina adoptiva, Tina, de extraordinaria delgadez y fealdad que, paradójicamente, llega a despertar tribulaciones amorosas, mujer a quien Lucifer seduce para obtener ciertos favores materiales; entre tantas cosas de singular estima hay, además, una cinta donde la impredecible María aparece desnuda, efectuando “el ritual” en diversas tomas, secuencias, acercamientos, ángulos que descubren su rostro con estupor; movilidad sugerente eternizada en esa película que, se enterará después, fue filmada por el sobrino Claude Renoir y Tina, ocultos en la habitación de la estrella, sorprendiéndola en la intimidad y en actos de sonambulismo, exitándose ambos al mirar el cuerpo y sus rincones salados, sus protuberancias generosas. Este suceso afectó profundamente a nuestro personaje, quien al



final del relato aparece, avejentado en demasía, detrás de la pareja formada por el cineasta y su sobrina/amante sosteniendo una maleta, rumbo al aeropuerto, en señal de sometimiento a una obsesión perversa, esclavizado por un deseo amoroso lejano que simboliza su permanencia con ellos y en este mundo, donde el amor, acerbo en su caso, pudre sus ensueños y lo abandona en la contemplación dolorosa...

Conocemos los atributos estilísticos de nuestro autor: cederle al narrador —en este caso un cantinero de remoto origen mexicano que labora en fastuoso restaurante de París— la voz confesora de lo que acontece a nuestro desdichado Lucifer; anécdotas descritas con fresca agilidad, tono acertado que nos conduce emocionado por las osadas peripecias de nuestro enamorado, los misterios e intrigas relativas a la película, la viva descripción de los objetos sexuales que envuelven a María, las escenas eróticas que derivan en orgías y despertar de quebrantos. Sealtiel Alatríste aporta en sus textos una gran mezcla de humor y la descripción de atmósferas acordes a la trama manifiesta; a fuerza de desmitificar personalidades —anteriormente fue Reyes, Novo, Torri...— en *Verdad de amor*: la actriz, Efraín Huerta, Fernando Benítez, René Clair... (en una entrega titulada “Bouillabaisse a la Matisse”, para la revista *Alfil*, utiliza casi idéntico —palabras, escenarios, descripción de cosas y personalidades— el esquema de esta novela, refiriéndose al afamado pintor fauvista y a la diva Sara Bernhardt), esta cualidad formal la presenta en una estructura compacta que nos descubre el desamor citado con desparpajo y refiere tragedias o sucesos de significativa nostalgia; después de hacer burla de personalidades y aspectos culturales se atreve a cambiar el rumbo de existencias enaltecidas y ubicarlas en tálamos candentes, habitaciones sórdidas, templos de algarabía ruidosa, velando siempre la perversidad sin importar la ternura del cortejo, las palpitaciones de la libido; aquí, una hermosa mujer posee hilos sensibles de donde pende el odio, el erotismo como maldición; donde se balancea la intriga difamatoria, cruel, rodeando el cuerpo desnudo de María y la desventura del enamorado que es cegado por los imposibles, testigo del derrumbe de sus mustios desvaríos, condenado por el atentado violento a su diosa. ♦

Sealtiel Alatríste: *Verdad de amor*, Premio Planeta/Joaquín Mortiz 1994, México, 1994. 158 p.p.

## Cartas sobre cartas

RITA EDER

**C**artas Absurdas es, en mi opinión, un juego de sus autores, Teresa del Conde y Jorge Alberto Manrique, entre lo público y lo privado. En este libro se han permitido explayar, con relativa libertad, ideas, placeres, erudiciones y agravios, decepciones, temores y descubrimientos. Las cartas no son las que se cruzan los amigos entrañables o los amantes, no tienen tampoco el tono de urgencia que muchas veces emplean, en tiempos de crisis, padres e hijos, ni el acento ansioso de las cartas que se dirigen a un desconocido. Es una correspondencia amistosa entre colegas que abre el diálogo con asuntos precisos, por ejemplo las políticas culturales del Estado en relación con los museos, o las diferencias entre críticos, poetas y escritores que se ocupan de escribir sobre arte; ambos temas se relacionan y confluyen en una buena discusión sobre la debilidad de la posición del crítico de arte en México frente al poder de los escritores.

La UNAM y, en especial, la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Estéticas, ocupan en el libro un espacio importante; sin embargo, las cartas que me han gustado más no necesariamente tienen que ver con las instituciones académicas ni con las largas discusiones sobre la naturaleza del objeto artístico sino con los relatos de viaje, las experiencias en Europa o las múltiples visitas a la provincia; también con funciones que ambos autores desempeñan frecuentemente: ser jurados en certámenes de artes plásticas.

La mejor forma de comentar este libro es dirigirle a cada autor una carta; saben ellos que así se dicen de otra manera las cosas.

\*\*\*

Estimado Manrique:

He leído hasta la última página las cartas que durante dos años le has escrito a tu

colega, ex discípula y amiga. El libro es rico, toca muchos temas, personas, obras y lugares. En una misma carta pueden aparecer temas tan diferentes como la definición de los sentimientos o las formas de apreciar la vida institucional como un conjunto de relaciones regidas por la ausencia de un diálogo crítico.

No siempre decimos lo que pensamos en el espacio adecuado y ésta es una manera de volcar lo que muchas veces se te ha quedado en el tintero o en la garganta. Aquí haces públicos asuntos que merecen serlo. Los textos están escritos para Teresa o para Manrique pero con suerte los leerán también aquellos a los que en buena medida este libro está dirigido: los funcionarios de la cultura, los artistas, los poetas o escritores que se dedican, además, a la crítica de arte, los compañeros de profesión, nuestros alumnos y ciertos sectores oficiales en las universidades.

En las cartas se dibujan tus distintas vocaciones y habilidades: el viajero, el maestro, el universitario, el crítico de arte y el historiador. Aparecen tus hijos, tus discípulos, tus amigos y también aquellos a los que no quieres tanto, tus críticas a las instituciones a las que perteneces y has pertenecido y tu polémica con los escritores y poetas que escriben sobre arte. Dices con frecuencia que el crítico de arte profesional, al igual que un director de museo, tiene una posición de segunda. Abordas el asunto de la relación entre lo que socialmente se conoce como “los intelectuales” y “los académicos” y apuntan, tú y Teresa, las situaciones en las que los artistas, a la hora de una publicación importante, prefieren un texto de “El Poeta” o de “El Escritor”, porque ya lo dijo con todas las letras un conocido pintor de frecuente presencia en las mesas redondas sobre crítica de arte: “entre que escriba sobre mí Raquel Tibol o García Márquez, prefiero a García Márquez porque a ése lo leen todos”.